

UNA VIDA DE LUCHA POR UN DESTINO MEJOR

POBRE



«Uno de los mejores libros nunca escritos
sobre las complejidades de la pobreza».

THE GUARDIAN

Katriona O'Sullivan

 Planeta

KATRIONA O'SULLIVAN

POBRE

*UNA VIDA DE LUCHA POR UN
DESTINO MEJOR*

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Poor. Grit, courage, and the life-changing value of self-belief*

© Katriona O’Sullivan, 2024

Publicado por primera vez con el título *Poor* en 2024 por Sandycove, un sello de

Penguin Ireland que forma parte del grupo Penguin Random House

© de la traducción del inglés, Arnau Figueras Deulofeu, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorialplaneta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: junio de 2025

Depósito legal: B. 8.546-2025

ISBN: 978-84-08-30410-4

Preimpresión: Realización Planeta

Impresión: Rodesa

Printed in Spain – Impreso en España



1

Hay recuerdos que no quiero olvidar. Recuerdos de los que me gusta hablar. Estamos en verano, y yo estoy sentada en el asiento trasero del Ford Cortina verde de mi padre; le veo la nuca y la melena rizada, las ventanillas están bajadas; él tiene el brazo, moreno, descansando sobre el borde de la puerta y lleva un cigarrillo entre los dedos. Recuerdo la forma en que el aire impetuoso me da en la cara como un ventilador y el pelo me golpea las mejillas. Están sonando los casetes de mi padre, toda mi familia está cantando. Mi padre golpetea su anillo de oro contra el metal.

Y hay recuerdos de los que quiero deshacerme, recuerdos de los que me cuesta hablar. Recuerdos que me asfixian. También quiero contaros esos recuerdos para poder abandonarlos aquí y pasar página.

Estaba de pie, con seis años, en el umbral del dormitorio de mis padres, mirando hacia dentro. Mis ojos no se habían ajustado aún del todo a la escasa luz, con lo cual no podía saber lo que estaba mirando.

Pero al cabo de poco ya pude verlo.

Mi padre estaba tumbado en la cama en diagonal. Llevaba los vaqueros a medio quitar y le vi la barriga y los calzoncillos. Tenía unos círculos negros por toda la piel y un moratón que se le extendía por un muslo, en medio del cual estaba atascada una jeringuilla de plástico, como aquellas con que se pinchaba el brazo. El tubo colgaba hacia abajo, sujeto por la aguja.

Allí estaba yo, mirando. La cama en la que estaba tumbado tenía manchas amarillas de orines, y un rayo de sol entraba por entre las viejas cortinas —que estaban corridas—, cruzaba el suelo e iluminaba su cuerpo. Flotaba polvo en el rayo de luz.

Mi padre tenía la cara orientada hacia mí.

¿Muerto?

¿Lo dije en voz alta? ¿Muerto? Creo que lo dije en alto, pero no lo sabía. El sonido fue repitiéndose como un eco y mi voz quedaba tapada por el fuerte latido de mi corazón.

Echando la vista atrás, supongo que debí de gritar, porque John Bean, un amigo de mi padre, subió las escaleras de tres en tres, retumbando por la casa, y se puso un jersey al tiempo que aterrizaba frente a la habitación. Me apartó, me puso detrás de él y atravesó la estancia mientras iba diciendo el nombre de mi padre.

—Eh, Tony, eh, eh, Tony...

—¿Papá está muerto? —pregunté yo.

John Bean se fue pitando de la habitación, bajó las escaleras corriendo y salió a la calle.

Mi padre, Tony O'Sullivan, nació en Irlanda. De los primeros cinco años de su vida no sabemos nada. Solo sabe-

mos que su madre lo entregó a la tristemente célebre Escuela Industrial de Goldenbridge y que allí permaneció hasta los cinco años. Luego lo adoptaron Jim y May O'Sullivan y se lo llevaron a vivir a su casa, en Clontarf. No tenían otros hijos. Mi abuelo Jim era funcionario, aunque había estudiado Medicina en el University College de Dublín. Era muy devoto, asistía a misa todos los días y siempre leía el *Irish Times* de arriba abajo.

Mi padre nos contaba que, estando Jim en su lecho de muerte, le preguntó acerca de sus orígenes. Jim le dijo que su tía, la hermana Francis Xavier (hermana de Jim) era su madre. Tony conocía a su tía desde pequeño gracias a unas reuniones familiares que se organizaban una vez al año. En esas ocasiones, ella era generosa y le traía regalos, pero aun así él decía que las interacciones con ella siempre le causaban malestar y nerviosismo.

En definitiva, la historia que le contaron era que esa mujer se había quedado embarazada a los cuarenta y dos años en el convento en el que vivía, en Cork, por eso otra de las hermanas de Jim, que también era monja, había llevado al bebé a la escuela de Goldenbridge, en Dublín. Tony fue adoptado, no sabemos ni a qué edad ni por cuánto tiempo, y luego lo devolvieron a ese centro. A los cinco años, su tío Jim se lo llevó a su casa.

Mi padre se tomó muy mal esa historia.

Pero, en realidad, se la inventó por completo. Cuando yo estaba trabajando en este libro, me hice una prueba de ADN. El test determinó que no tenía ninguna vinculación genética con los O'Sullivan. Dios sabe por qué mi padre se inventó ese relato, pero cuando Jim murió habían salido a

la luz noticias sobre abusos infantiles en Goldenbridge. Quizá Tony no podía soportar la idea de que él era uno de esos niños y, como su padre ya no estaba para contradecirlo, se inventó ese cuento de hadas en el que lo protegían unas monjas.

No sabemos qué fue de Tony en sus primeros cinco años de vida, pero, a medida que van apareciendo más informaciones sobre organizaciones caritativas gestionadas por la Iglesia católica en los años cincuenta y sesenta, no es difícil imaginarlo.

Lo que sí sabemos es que en esa época, antes de tener su preciosa familia de clase media, un padre funcionario y una madre ama de casa, Tony perdió algo.

Y nunca lo recuperó.

Tony solía contarnos a mis hermanos y a mí que sus primeros recuerdos eran de un incendio. Nos decía que él estaba de pie en una cuna llorando mientras el fuego se propagaba a su alrededor.

—No sé de dónde provengo —nos decía—, pero sé que estuve en medio de un incendio.

De pequeña yo solía darle muchas vueltas a esa imagen: un bebé en medio de un incendio. De pie en la cuna, observando cómo todo quedaba reducido a cenizas sin poder hacer nada para salvarse.

En fin, nunca sabremos si eso ocurrió de verdad o si es otra historia que se inventó mi padre. Es probable que se lo inventara; se inventó muchas cosas.

De adolescente, Tony era un espíritu libre que se rebeló contra la vida de clase media que sus padres querían para él. Ellos le dieron todo lo que necesitaba para tener éxito,

pero él lo rechazó. Vivían en una casa tranquila en la costa. Lo inscribieron en un colegio privado masculino en el centro de Dublín, el Belvedere College, donde fue campeón de tenis. Se le ofreció una plaza en el Trinity College, pero él la rechazó para irse a Inglaterra a vender cuadros de puerta en puerta y tomar drogas.

Mi padre me contó que cuando era un muchacho iba en bici desde su casa hasta la playa de Dollymount, donde se tumbaba en la hierba, fumaba y leía sus libros. Decía que eso era lo que más le gustaba hacer. Creo que me contó esa historia porque ese era su yo real, el Tony auténtico, allí en la playa con la cabeza recostada en el sillín de la bici. Me gusta imaginármelo allí, en la bahía de Dublín, con gaviotas planeando por encima de su cabeza graznándose unas a otras. Puedo verlo en mi mente haciendo visera con un libro. Ese era Tony antes de quedar atrapado en una espiral de adicción, huyendo de lo que fuera que hubiera perdido en esos primeros cinco años. Quizá la calma de esa playa se hizo excesiva, quizá tuvo que huir de su cabeza por culpa de lo que lo perseguía dentro de ella. Quién sabe. Poco después conoció a mi madre en una parada de autobús en Coventry y, al cabo de no mucho, tenían cinco hijos, unas adicciones que no sabían manejar y una vida en la pobreza más atroz que pueda uno imaginar. Cuando llegó a Inglaterra, Tony solo había probado las drogas un poquito. Pero ese día, cuando yo tenía seis años y estaba en el umbral de su dormitorio observando su cuerpo inmóvil, medio caído de la cama, ya era un adicto a la heroína.

Tony era un hombre de clase media y culto. Era elocuente, carismático y sabía comportarse.

Pero también tenía un historial de delincuencia, era alcohólico y un yonqui.

Y era *mi padre*.

John Bean había ido a pedir ayuda. Mi padre había sufrido una sobredosis y estaba muriéndose, tumbado en una cama cubierta de orines y vómito. Así funcionaban las cosas en nuestra casa. Los sanitarios vinieron, pero sin darse prisa. Parecían estar aburridos de ver esas cosas. Subieron las escaleras con la urgencia del que se va a dormir, peldaño a peldaño, resoplando como si estuvieran cansados. Ya en la habitación, echaron un vistazo a mi padre y se pasearon por la habitación; se miraron el uno al otro por el rabillo del ojo y arquearon las cejas con escepticismo.

Yo conocía ese código, el lenguaje del desprecio. Sabía cómo leer ese lenguaje con apenas seis años. Mi padre estaba allí tumbado, moribundo, y, aunque la misión de esos hombres era cuidar de él, no pensaban que mereciera la pena salvarlo.

Lo trataron sin delicadeza. «Venga, jefe, arriba», le dijo uno de ellos como si solo se hubiera tropezado. Lo agarraron por los brazos y las piernas y lo columpiaron hasta recostarlo en la camilla de lado, pero lo dejaron de una forma rara y se le quedó un brazo debajo de las costillas. Uno de los hombres le empujó la pierna hacia arriba y se le cayó el zapato. Ese hombre puso los ojos en blanco y envió el zapato debajo de la cama con una patadita. Balbuceó algo y el otro hombre también puso los ojos en blanco.

No querían ayudar. No querían ayudar a mi padre.

Al ver la escena, yo me desesperé y me puse a llorar, pero no dije nada. Quería gritarles que salvaran a mi padre, que lo ayudasen. Pero no lo hice. Solo me sequé las lágrimas de la barbilla con la manga. Tenía la cara bañada en lágrimas.

John iba de un lado a otro de la habitación. «¿Está bien?», preguntó a uno de los sanitarios, pero lo ignoraron. Era como si John no estuviera.

—¿Mi padre está muerto? —le pregunté yo al otro hombre. También me ignoró.

Se llevaron la camilla con mi padre escaleras abajo. Me dio la sensación de que, aunque vi cómo se desarrollaba, la escena no era real. No podía dejar de pensar: ¿está muerto?

Parecía estarlo. Tenía la piel tersa y gris, y los ojos hundidos en las órbitas. Estaba tan pálido que podía ver todos y cada uno de los pelos rojos de su bigote y los detalles de su piel, las venas de un azul que se desteñía en sus manos y su dedo meñique con un voluminoso anillo de oro, de esos con una moneda incrustada.

—Papá... —dije yo.

Lo sacaron de la casa. Y se fue; la ambulancia se marchó. Ni encendieron las luces ni pusieron la sirena.

Yo recordé las marcas que tenía mi padre en las piernas, las manchas azules y moradas en su piel pálida. Los círculos negros y grises. Sabía que le salían por las agujas.

John Bean bajó las escaleras. Yo lo seguí.

—No te preocupes, K. —me dijo él, y yo asentí.

—¿Papá está muerto? —le pregunté.

—No, no, solo un poco enfermo —me consoló John. Se quitó las deportivas empujando los talones con el dedo

gordo del otro pie y se sentó—. Tu padre se pondrá bien, no te preocupes. Tilly también va a volver pronto, así que...

Dio una palmadita en el sofá, en el espacio a su lado. Pero yo no me senté. Volví a subir al piso de arriba y observé la cama donde había estado mi padre.

Si papá estaba muerto, ¿quién iba a llevarnos en coche?

Tony no murió. Regresó a casa ese mismo día y fingió ante todo el mundo que estaba bien, aunque se podía ver la fatiga en sus ojos. Cuando se sentó en el sofá, yo fui corriendo a buscar un mechero y sus cigarrillos donde habían caído al suelo en el piso de arriba.

—Ah, gracias, Katriona mía —dijo.

Siempre me decía esto.

Estábamos contentos de verlo. Estrechó la mano a John Bean y charlaron un rato.

—Pensaba que esta vez la diñabas, Tone —le dijo John.

—¡No, hombre, no, John! —le contestó mi padre, sonriendo entre el humo que expulsaba, y dio una buena calada al cigarrillo.

Al día siguiente, hacía sol y mi padre me dejó sentarme en el coche y jugar a que lo conducía yo. Bajó las ventanillas, me cerró dentro y se apartó, fumando, mientras yo estiraba el cuello para ver por el retrovisor y deslizaba las manos por el volante. Movía el cambio de marchas hacia adelante y hacia atrás, y rebotaba en el asiento. La luz del sol llenaba el vehículo y yo sentía como si esa luz me alimentase. Mi padre cerró los ojos y ladeó la cabeza para que le

diera la luz, y yo observé cómo inspiraba y espiraba. Entonces me miró y su cara se arrugó dibujando una sonrisa.

—¿Quieres poner música? —Metió medio cuerpo por la ventanilla e introdujo la llave en el contacto para encender el radiocasete. La cinta era de Fleetwood Mac y la canción era *Go your own way*. Esa era nuestra canción.

Cuando estaba así, yo quería a mi padre más que a cualquier otra persona del mundo entero.